

## Lenguaje y política en la revista *Contorno*

*Pilar Roca Escalante*

De una manera general, la crítica coincide en definir el trabajo crítico de la revista *Contorno*, publicada en Buenos Aires entre 1953 y 1959, como sartreano, a pesar de que uno de sus directores, Ismael Viñas (Río Gallego, 1925) lo haya negado repetidas veces y en varios lugares.

La revista, de profunda influencia en el pensamiento de izquierda argentino, no tenía sus lectores entre la clase trabajadora o proletaria sino entre los universitarios de Santa Fe, Buenos Aires y quizás Córdoba que en su mayoría identificaban el existencialismo como una manera comprometida y crítica de estar en el mundo, como una actitud moderna y contestataria frente a las posturas más conservadoras imperantes en el país. La militancia incluso llevaba en algunos casos a adoptar una vestimenta característica, como era sustituir el tradicional traje y corbata por un jersey negro y otros accesorios que emulaban al *pope* del existencialismo, Jean-Paul Sartre. Estas actitudes, a veces provocadoras, casi siempre formales y foráneas, pretendían abrir un camino alternativo frente a una tradición hispánica que entre los jóvenes del momento, y no sólo ente ellos, se identificaba con el integrismo, el nacionalismo conservador, el catolicismo a ultranza y las formas autoritarias. No es de extrañar que, si el lector universitario identificase el existencialismo como un modo de ruptura y *Contorno* se caracterizase por sus posturas críticas frente a los intelectuales de más peso en el panorama argentino de los años cincuenta, ésta fuese afiliada a la corriente filosófica francesa.

Tal vez la revista seguía los modelos formales de *Les Temps Modernes*, pero sólo eso no podía hacerla existencialista. A *Contorno* la definían otros parámetros que hundían sus raíces en prácticas críticas que ya se daban en su propia tradición hispánica y en la Península. Clarificar qué tradición es ésta se revela de una importancia determinante porque cuestiona el modo en que determinadas ideas se gestaron y se expandieron en el Río de la Plata y sus repercusiones en el campo de la literatura, de la política e incluso en la vida cotidiana.

La revista había comenzado con un proyecto literario que reivindicaba una lengua con usos propios en la Argentina del momento. La lengua, como órgano que cubre la literatura y le permite respirar y limpiar toxinas, actualizarse y manifestarse, estaba demasiado ligada a un modelo lejano a la realidad de la calle y que había que poner en cuestión para dar paso al ser argentino de mediados de siglo veinte. La literatura debía aminorar su prurito por la producción de modelos y pasar a proyectar tipos reales, como de igual modo la política debía dejar de formar, y forzar, ciudadanos para el sistema y sí modelar el propio sistema a la medida del hombre existente. No era pues un salto tan imprevisto que la mayoría de los miembros del comité de redacción terminara evolucionando hacia la crítica política durante los años en los que el primer peronismo llegaba a su fin y se abría entre las capas intelectuales no peronistas una expectativa de cambio a partir de la candidatura del doctor Arturo Frondizi (1958-1962). Si bien el compromiso de los miembros del consejo editor de la revista tuvo un corto resultado en el campo político ya que el inicial apoyo concedido al nuevo candidato pronto se retiró cuando, por azar, Ismael Viñas toma conocimiento de los contratos que iban a firmarse con compañías extranjeras para nuevas perforaciones en la Patagonia.

Los contornista reivindicaban su propia lengua, su propia estética, su propio tiempo, su propia realidad. Y realidad es una palabra que engloba muchos aspectos: relaciones de clase, políticas, económicas y también estéticas. El campo estético lingüístico es uno de los más utilizados durante el siglo diecinueve para legitimarse dentro de un sistema de relaciones políticas y económicas. Durante el inicio de siglo XX, escritores argentinos de los círculos más selectos hacen críticas abiertas a la corrupción de la lengua producida con la inmigración, paralela a una pérdida de patriotismo que amenazaba la integridad del estado. Los nuevos inmigrantes eran traidores en potencia que no ingresaban en la lengua oficial y no se incluían en el sistema porque todos, según estos intelectuales defensores de una lengua hispanófila, pensaban en volver a su lugar de origen. Siglos antes, en la Península Ibérica, los conversos habían sido perseguidos por el peligro que instalaba su duda constante y la tentación de volver al judaísmo, como el inmigrante a su patria originaria. Esta situación de incertidumbre debilitaba al Estado que necesitaba su sangre de manera permanente. Eran inmigrantes entregados a la construcción del sistema, aunque ese sistema les excluyera, incluso por ley, ya que no tenían muchos de ellos ni derecho al voto. Unos por ser excluidos manifiestos y otros por miedo a serlo, hacen comprensi-

ble que ciertos escritores judíos de la Argentina de los años veinte y treinta, como Gerchunoff o Grunberg, quisieran ser legitimados dentro de la intelectualidad a partir de un uso hispanizante de la lengua.

Los conversos en la Península fueron los reconocidos creadores del género llamado de la verosimilitud que se oponía a la imaginación sin límites de los modelos imposibles de las novelas caballerescas. Y la reforma literaria comenzó por la reivindicación de una lengua cotidiana, como recomendaba en su *Diálogo de la lengua* Juan de Valdés, en otra época gran devorador de novelas de caballerías, y como puso en práctica su hermano Alfonso, quien según los últimos estudios de Rosa Navarro Durán se revela como autor de *El lazarillo de Tormes*. Si esto era así o no, lo que queda claro es que la crítica siempre tuvo por converso a su autor, hasta ahora temido por anónimo, y que origen converso tenía Mateo Alemán, que definió las características del género picaresco, el llamado género de la verosimilitud. El converso cultiva la marginación, único espacio que el sistema le deja, y a veces cae hasta en la delincuencia como manera de ejercer la libertad, fuera de la represión de un orden que le presiona pero no le da en retorno un espacio desde donde ser como él es, con su lengua rota o sus costumbres foráneas.

Cuando hablamos del problema del converso hablamos de lo judaico y no de los judíos. La historia de los hermanos Viñas partía de un origen donde la identidad del converso se fundía con la masonería y con una historia de rescate y justa venganza. Según los relatos que corrían en la familia, el bisabuelo, oriundo de Ronda, Málaga, había llegado a Río de la Plata tras los pasos del intelectual que había urdido el asesinato impune del general Prim y Prats. La historia se cierra en un marasmo de asesinos cuya huida financiada a América y muerte misteriosa se multiplica sin dejar pistas. Pero si esto fue así, si Viñas Veneroso hizo su propia justicia, no es tan importante como el hecho de que sus biznietos cargasen la identidad mestiza como una manera de cuestionar el sistema en vez de dejarse modelar por él.

Los dos directores de la revistas, David e Ismael Viñas, ejercieron este espacio de ruptura respecto al sistema no sólo por tener una condición de mestizos sino porque ejercieron la exclusión como un modo de vida. David dentro de una literatura local, se cuestionó al final de su carrera literaria si su comportamiento literario había sido del todo coherente o se había escondido en el sistema gramatical en vez de romperlo, análisis que con facilidad le lleva a cuestionar su eficacia como intelectual comprometido y las graves consecuencias que ello pudo tener en la perpetuación de los aspectos menos benévolos de la estructura

que intentó derribar. Ismael desarrolló a partir de su exilio, un exilio del que hasta hoy no regresó, un trabajo intelectual periodístico, en esa línea de libertar al pensamiento de su peso formal y llevarlo hacia otros modos menos literarios, camino que se percibe desde que abandona la creación y la crítica literaria y se decanta por la práctica de una lengua menos cuidada que poco a poco va desarrollando en sus textos, más lavados, más atentos al dato, al paso de la información de la observación que al puro ejercicio literario o estético.

La crítica del lenguaje y la crítica política tenían antecedentes en la cultura hispánica peninsular y lo tenían ligadas a la condición de mestizo de sus autores. Los hermanos Valdés, declarados conversos, como Francisco de Rojas, autor de *La Celestina*, y cuya autoría no apareció durante muchos años, ejercieron, como Ismael durante parte de su carrera, la cripto-autoría. Ismael tuvo siempre cierto interés en esconderse tras pseudónimos, como en cierta medida también David. Su justificación era que querían disimular el poco número de colaboradores que *Contorno* tenía en un principio. Y es que en un principio y quizás siempre la revista fue de ellos, de los hermanos, en donde de manera esporádica y menos comprometida con la línea editorial, colaboraron otros intelectuales de éxito en el momento y cuya influencia se mantuvo en el panorama cultural, crítico y literario posterior. Juan José Sebrelli, Oscar Masotta, Carlos Correa, León Rozitchner, Noé Jitrik, Rodolfo Kush, Adolfo Prieto, Ramón Alcalde hicieron reflexiones que marcaron un momento de polémica y reflexión. *Contorno* no aparecía de manera indiferente sino que creaba opinión en una importante masa electoral de estudiantes, la sangre nueva que el radicalismo necesitaba entonces, y esa fue la razón por la que el doctor Arturo Frondizi pidió su colaboración, por su fuerza de tracción intelectual.

*Contorno* empujaba al intelectual fuera del aislamiento que creaba su estética minoritaria. El espacio de comunicación del argentino común era el voseo, incluso el checheo y su vocabulario estaba mezclado entre el italiano, el español y otras giras que iban llegando en los sucesivos barcos de inmigrantes. En las cárceles se va formando el lunfardo y éste sale a las calles de Buenos Aires cuando los presos van insertándose en la sociedad de manera imparable. Lengua y orden social iban rompiendo las defensas de una clase intelectual cada vez más disminuida, cada vez más defensivas y cada vez más represora.

Las relaciones entre literatura y política eran las mismas que Juan de Valdés había denunciado entre la lengua y religión con el *Diálogo para la Doctrina Cristiana* y el *Diálogo de la Lengua*. Valdés era un

comentarista religioso que defendía una religión interiorizada, en la línea que Erasmo propugnaba. Su espíritu crítico y reformista era muy similar al que inspira a los Viñas cuando se habla de redefinir un Estado que debe dar entrada a todos sus miembros o pronto los que viven expulsados en los límites, en la exclusión, serán la mayoría. Si los conversos durante el siglo XVI crearon un género donde reivindicaban lo verosímil, lo real, el hombre que se podía encontrar en la calle, en cada esquina, no era por razones simplemente estéticas sino porque esos modelos no respondían a su universo, un universo que se parecía demasiado al este del Edén. Con la incorporación de la lengua porteña, se conquistaba la lengua como cultura, se hacía de ésta un patrimonio de todos, un espacio donde reconocerse los unos a los otros, donde comunicarse en diálogos abiertos y donde crear proyectos comunes de realización. De la literatura a la política, como un ensayo previo donde pensarse, como un club donde definirse, desde donde saber que no se estaba solo y que la problemática de cada uno era la de toda una comunidad, tal vez la de toda una clase o quizás la de varias clases que se encontraban separadas por fantasías y sin embargo unidas por el cuerpo común que ejercía idénticas funciones en cada uno.

*Contorno* es un proyecto literario que nace con un proyecto político. Un proyecto a largo plazo y lleno de caminos laterales, de sinuosidades, de sutiles trabajos que deben ser realizados. Es la creación de movimientos políticos, de partidos. Es el despliegue de un trabajo cultural sociológico que llevase la cultura, el libro a la calle, a hacer entender a los más alejados que tienen cosas que decir y que tienen que decirse, es un trabajo literario nuevo, como el de David Viñas o el de Carlos Correas, que ejerce la homosexualidad como un espacio privilegiado para la libertad, como para el converso lo es, hasta cierto punto, la delincuencia. Es el mestizo que empieza a buscar su espacio, y el intelectual que se automargina para hacer de la exclusión un modo de vida que necesariamente le llevará al exilio como forma de protesta y como única manera de seguir pensando su cultura.

